

—¿Cómo explicabas, entonces, que tu libro, que, en definitiva, es una historia acerca de los exiliados españoles, haya tenido éxito?

—¡Ah!, pero yo soy una observadora de afuera, no despierto sospechas. Nadie va a tener mala conciencia. El desprecio, la ignorancia o la subestimación de los exiliados proviene de un oscuro sentimiento de culpa. Durante las dictaduras —y mucho más en una que duró cuarenta años— casi todo el mundo siente que tiene algo que reprocharse. La presencia, la convivencia con el exiliado parece agudizar esas faltas sutiles, sacarlas a la luz. Por eso el exiliado es incómodo. Yo no lo soy. Yo soy la escritora norteamericana que vivió una interesante aventura y que puede hablar con entusiasmo de los españoles que conoció en París. Sólo los acerco en las páginas de un libro que puede leerse como una audaz aventura.

—A veces te has referido al machismo español. ¿Observas alguna diferencia en el curso de estos años?

—Sí. Antes, era menor. Me refiero, claro está, a la generación de la República. Los españoles que conocí participaban de una cultura europea, proclamaban la igualdad y estaban influidos, claro está, por los filósofos de vanguardia, como Sartre, Camus, Merleau-Ponty, Simone de Beauvoir. Cuando la izquierda española ha tenido más vida real, después de los cuarenta años de clandestinidad, ha demostrado que en ese tema, conserva todavía los residuos del franquismo. Recuerdo una conversación que tuve con Claudín, no hace mucho tiempo. El sostenía que la sociedad norteamericana es muy cruel. Yo creo que la española lo es mucho con las mujeres, y también la izquierda. Claudín —a quien quiero mucho, por otra parte— sostenía que el marido protege a la esposa, porque aún cuando su vida sexual ya no funcione o no sea satisfactoria, no se separa de ella. Yo creo que los hombres en España consideran que hay dos clases de mujeres: la esposa y la querida. Es una actitud esquizofrénica y muy católica. Los roles están fijos y el hombre mantiene una actitud paternalista hacia la mujer. Esa esposa que tiene un marido al que prácticamente no ve y con el que no se acuesta, sólo posee, en realidad, un símbolo. A la vez, so-

cialmente le está vedado tener un amante —como su esposo—, o sea, que su vida afectiva y sexual o está dividida, en el mejor de los casos, o está clausurada. Es como si los hombres consideran que una mujer que se ha casado no puede atraer ya a nadie más. Pienso que las condena de este modo a la soledad, a la falta de alegría. La mujer española vive muy aislada, la falta el apoyo de otras mujeres. Vive en un coto cerrado, el del hogar, que la limita y la inhibe. En este sentido me parece que la izquierda todavía no ha revisado muchas actitudes heredadas del pasado.

—Y ya que estamos hablando de esas otras mujeres, las que tienen vida propia, ¿cuáles son las escritoras que más te interesan?

—Posiblemente, mi respuesta te sorprenda. Me gusta mucho Doris Lessing, y también Mary McCarthy. Ha habido una tradición de escritoras frágiles, neuróticas (pienso en Flannery O'Connor, en Virginia Woolf, en Carson McCullers), geniales y patéticas al mismo tiempo. Pero Doris Lessing ha aportado algo así como la normalidad a la literatura de las mujeres; sus protagonistas son inteligentes, sensibles, pero nada débiles; de este modo, los intereses, los problemas, las inquietudes de un vastísimo conjunto de criaturas reales han entrado en la novela. La mujer de clase media puede sentirse identificada con esos personajes y se combate el mito de las escritoras como locas o putas geniales. ■ C. P. R.

Una aproximación a Canarias

SOBRE las islas Canarias se han abatido en los últimos años verdaderos vendavales de amarillismo y de petulancia neocolonialista. Durante larguísimo tiempo olvidadas de la opinión pública española, y acuñadas además en una estúpida leyenda de islas Afortunadas, las Canarias se han visto de pronto —desde la desafortunada descolonización del Sahara— convertidas en tema de moda, en materia para "periodismo de vanguardia". No ha habido rotativo español que



Juan José Armas Marcelo



Luis Alemany

se precie que no haya mandado allá al especialista de turno en temas de catastrofismo tercermundista. El resultado no ha podido ser más desorientador para todos, en términos generales y con las debidas (y nobles) excepciones que confirman la regla. Al cargarse las tintas sobre aspectos anecdóticos o tremendistas, la cruda problemática canaria ha quedado totalmente desdibujada, sin sus perfiles propios. Tras padecer durante tantos años el planteamiento colonialista que se desprendía del centralismo —situación que se agravó durante el franquismo—, ahora nos toca a los canarios padecer un colonialismo culturalista politizado del revés, un "abertzalismo" adaptado a las tibias latitudes del Atlántico Central e inducido desde nuestras fraternas "nacionalidades" ibéricas.

Por lo que antecede, es muy de agradecer y de aplaudir el acierto que ha tenido Sedmay Ediciones al editar una "Guía secreta de Canarias", redactada por dos excelentes escritores canarios (Juancho de Armas Marcelo y Luis Alemany), que saben —con

una sabiduría entrañada en una auténtica vivencia canaria— de lo que escriben. No me cabe duda de que esta "Guía secreta de Canarias" es una de las mejores de esta serie, tanto en lo que se refiere a los datos genuinos que conforman la crónica como a la buena literatura con que está escrita.

Juancho de Armas se ha ocupado de la provincia de Las Palmas y Luis Alemany de la de Santa Cruz de Tenerife. Dos escritores distintos al servicio de una descripción personalizada de los dos grandes arcos climatológicos y anímicos de las Canarias, que tanto se diferencian según los acaricien o no los benéficos vientos alisios, el gran don natural que desde América nos acarrea amorosa y pasionalmente la corriente del golfo, la Gulf Stream.

Las Palmas tiene su cronista exacto en Juancho de Armas —apasionado, barroco, excelente escritor (ahí está su reciente "Calima"), personalista quizá hasta lo excesivo en sus filias y en sus bofias—. Armas Marcelo es el develador implacable de la quincallería nacionalista, que él, —con razón— identifica con el caciquismo de las élites criollas más unas gotas añadidas de prisa y corriendo de indigenismo de ocasión. Pero no se ve en la escritura de Juancho de Armas una crónica política. Es demasiado inteligente y conoce muy bien Canarias para caer ahora en la pobreza reduccionista de un politicismo desarraigado e inoportuno. En el fondo, Juancho de Armas es un hombre de sangre caliente que sabe avizorar los legítimos y resplandecientes goces de la vida. Su conocimiento de la más genuina cocina canaria, de sus vinos y de sus broncos aguardientes, del genuino tipismo canario (señero y entrañable), de los parajes insulares una y otra vez sabiamente recorridos de copa en copa, de fiesta en fiesta, de meditación cósmica en arrebato lírico, hacen del texto de Juancho de Armas una escritura polivalente, que sirve para la juerpa, para la reflexión insularista con vocación ecuménica (lo más lejano de un chato provincianismo) y para el estudio sociológico directo sin mayores florituras teóricas. Y sobre todo de guía para el lector que quiera conocer de veras Canarias.

Luis Alemany resume en su

psicología y en la textura de su prosa su honda configuración tinerfeña. Es un escritor no suficientemente conocido fuera del ámbito insular, pues cuando aquel "boom" de la novela canaria no contó aquí en Madrid con

los valedores que otros escritores de su generación encontraron en la Villa y Corte para su legítima expansión como promesas literarias. Probablemente, su novela "Los puercos de Circe" fue la única de aquel período genera-

cional que no encontró en las revistas nacionales la nota cálida y de ánimo preceptiva por aquellos tiempos para los escritores canarios. Además de su condición de novelista, Alemany es un teórico del fenómeno literario en ge-

neral y del teatro en particular.

Centra inicialmente su ardua labor por Santa Cruz de Tenerife en el análisis del fenómeno del "chicharrerismo", que de apelación despectiva a los santacruceses se ha convertido un poco en santo y seña de los tinerfeños todos, que reivindicaron el humilde pescado como símbolo de las peculiaridades insulares de los habitantes de esta isla, que es la más rica en equilibrios, la más extensa y coronada además por el Teide, el mito geológico canario. Es curioso el tránsito de un apelativo peyorativo a bandera de reivindicación de una comunidad que la ha materializado incluso en forma de monumento al chicharro. El chicharrerismo es un modo populista de ser del hombre tinerfeño, que incluye como polos dialécticos un feroz individualismo y una irresistible vocación a lo forastero, a lo extraño incitante. El tema del individualismo chicharrero lleva a Alemany a la contemplación del fenómeno del godo. El chicharro —y esto se puede aplicar en general al canario de las siete islas— ha inventado la palabra godo para definir, como el peor de los insultos, al español de otras provincias que cree llegar a terreno conquistado (el funcionario que llega a comprarse un coche extranjero barato y a cobrar la residencia, el negociante que viene a especular con productos del país, el turista que viene a comprar transistores a los indios); pero que distingue claramente a éste del peninsular, que —sea por motivos de trabajo o de placer— se integra de alguna manera en la isla que lo recibe.

Santa Cruz de Tenerife es una ciudad de talante liberal, mesocrática, abierta desde siempre a las novedades de la cultura, de lo que da buena muestra la Exposición Surrealista de los años 30, con presencia del mismísimo André Breton. En sus inicios pueblo de pescadores, aquí se formó a principios de siglo una burguesía liberal muy activa. A diferencia de lo que ocurre en la isla de Gran Canaria, en la isla de Tenerife el poder político y económico se halla muy distribuido entre Santa Cruz, La Laguna, el Puerto de la Cruz, la Orotava y el Sur.

Con una prosa inteligentemente trenzada, disciplinada en favor del propósito descriptivo que se le ha encomendado, Alemany ha montado una muy útil crónica

ADIOS A LAS LETRAS

Cervantes premia

TRES escritores han ganado este año once millones de pesetas en el nombre de Cervantes, padre de la literatura, que estuvo en la pobreza y hoy está en la gloria.

Son premios, los que este año ha dado Cervantes, que nacen de la unanimidad. Al fin y al cabo, es el personaje público que más unanimidades concita entre todos los que ha dado la Historia de este país de disonancias.

Por supuesto, Cervantes no da premios, porque no tenía un doblón, pero los denomina. Denominar los premios es una tarea ingrata, porque toda nomenclatura es excluyente.

Sin embargo, entre los numerosos premios que debe haber en el mundo, no hay uno que merezca más plácemes que ese galardón llamado Cervantes que el Estado español concede cada año a un escritor de nuestra lengua cervantina.

Los suecos tienen el Nobel para autores de todo el mundo, pero ese premio, con ser más caro y más querido, huele como a la pólvora del compromiso político internacional, y despierta muy poca unanimidad cuando el fallo se conoce, poco antes de que los suecos entren en la larga temporada de hibernación en que luego vive su capacidad para ofrecer noticias.

Con Cervantes ganó este año el Premio Nacional de Teatro el escritor, director de escena, autor dramático, poeta y pintor Francisco Nieva. "Nieva", me gritaron desde el fondo de una estancia cuando la televisión anunció que el hombre que llevó al teatro María Guerrero la versión de "Los baños de Argel", de Cervantes, había resultado ganador de aquel galardón de un millón de pesetas. Yo creí que me informaban de que nevaba en Madrid, y luego me acurriqué al calor de la evi-

dencia; el grito era más jubiloso que el que propicia la contemplación de la nieve.

Y con Cervantes han sido premiados Gerardo Diego y Jorge Luis Borges. La noticia es vieja, como la anécdota que los une: se encontraron Gerardo Diego y Jorge Luis Borges. "Soy Gerardo Diego", dijo, temeroso, el poeta santanderino, ante la presencia dubitativa, pero irónica, del escritor argentino. Y Borges, desde su ceguera y armado de su proverbial despecho por la realidad y el recuerdo, le respondió, preguntándole: "Decime vos: ¿sos Gerardo o sos Diego?". Claro que Gerardo Diego pudo haber preguntado lo mismo: "¿Eres Jorge o eres Luis?". Borges hubiera tenido una respuesta pintada: "Soy el otro". Pero ese diálogo, que Marcos Ricardo Barnatán hubiera escenificado con precisión, nunca tuvo lugar.

Ricardo de la Cierva ha comenzado su andadura como ministro hablando en latín. *Ex aequo* es una palabra que, cuando resulta pronunciada, provoca la despavorida huida de los aspirantes a premios. Pero el *ex aequo* ministerial ha sido esta vez generoso, y los dos autores, el montañés y el porteño, disfrutarán de cantidades iguales a las que hubiera tenido uno de ellos si hubiera sido único el premiado.

Creo que De la Cierva ha tenido un acierto histórico al acuñar igual número de monedas para ambos poetas: cómo se podría dividir el codiciado pan del Cervantes. Cervantes, auxiliado por el Quijote, hubiera sido generoso y altivo y hubiera hecho lo mismo. Yo pienso que esa generosidad oficial la aprendió Ricardo de la Cierva en "Los baños de Argel", obra que estuvo viendo veinticuatro horas antes de que tuviera que presidir el Jurado que concedió, *ex aequo*, el Premio Cervantes de Literatura. ■ SILVESTRE CODAC.

Gerardo Diego



Jorge Luis Borges



informativa para mejor provecho del visitante que quiera conocer las islas de la provincia tinerfeña. El texto de Alemany es una propuesta abierta a todo viajero sensible que aspire a conocer al hombre insular desde su circunstancia paisajística; o, como escribe el propio Alemany, que tenga la voluntad de "superar de verdad el trayecto que separa al paisaje del paisaje". ■ PEDRO FERNAUD.

¡Mientras haya ratas, habrá esperanza!

CRIATURA! con la candidez de sus pocos años, el niño decía: "Toma, mamá, tengo algo para ti". Ella, con una sonrisa forzada, sin molestarse lo más mínimo por saber lo que era, alargaba automáticamente la mano. El niño, entonces, depositaba en ella suavemente un ratón. La madre, claro, gritaba de terror, asustando encima al pobre animal. "Eso me divertía mucho", escribía años después, recordando la anécdota, el niño.

Contra lo que pudiera pensarse, no hay que ver en este hecho una muestra del sadismo infantil. No. Michel Dansel, que luego, ya acreditado, sería escritor surrealista francés, se diplomaría en "L'Ecole Pratique des Hautes Etudes", de París, prepararía antologías y estudios literarios sobre Verlaine, Laforgue y otros escritores, este Michel Dansel, digo, como tantos otros genios, tuvo que sufrir, de infante, la incompreensión del medio en que se desarrolló su infancia.

Como otros se dedican a estudiar el comportamiento sexual

del rinoceronte, la teoría de la relatividad u otros descubrimientos benéficos para la Humanidad, Dansel, con una clara vocación desde pequeño, se dedicó a los marginados. A unos, en particular: las ratas.

Para muchos, todo lo que se diga de ellas es poco. Lo malas, lo nefastas, lo perjudiciales que son. El bien que hacen nuestras autoridades municipales lanzando todos los años masivas campañas de desratización que, por lo menos, logran que aquéllas no aumenten —y ya se sabe que, en las grandes ciudades, todo ciudadano tiene su rata—, etc.

Albert Einstein dijo una vez, con los pelos alborotados quizá por el temor: "Si las ratas pasasen veinte veces más, la población humana habría sido liquidada hace ya mucho tiempo".

Desde siempre, desde que el hombre es hombre, la rata ha estado ahí, cerca de él. "Ningún otro animal de la Creación nos es más cercano", escribe Michel Dansel. Las ratas, piensan algunos científicos, son, tras el hombre y el chimpancé, el animal más inteligente.

Dansel, que de niño sólo se topó con los ratones, tuvo que abrir un libro para encontrarse con las primeras ratas. "Descubrí entonces a esos animalitos con ojos distintos", escribe, y desde ese momento no descansó un instante en su laudable intento de "rehabilitar un animal maldito".

Para ello se convirtió en un excelente ratólogo, creó la Academia Internacional de la Rata, sacó adelante la revista "Rattus" y escribió este libro de título sanfranciscano, "Nuestras hermanas, las ratas", que Tusquets acaba de publicar.

"Mañana ellas pasarán a ser probablemente dueñas del mundo. Quizá deban esperar muchos centenares de miles de años antes de construir catedrales, pero eso no tiene importancia alguna". Y por este motivo, Dansel ha escrito, a caballo entre la erudición y el surrealismo, un exhaustivo tratado, tras cuya lectura uno se siente más solidario con este ancestral ser marginado.

Escribe también Dansel: "El odio a la rata escapa a la razón: es cultural y cultural", y se lanza a una divertida defensa del animalillo, oída la cual el lector no dogmático no tiene otro remedio que rectificar sus equivocadas ideas.

Si una rata devora a un niño en su cuna, el hecho, qué duda cabe, es deplorable. Pero, ¿tendremos que echar la culpa a la rata o más bien a la sociedad que permite esta dejadez e insalubridad?

La rata, dice Dansel, roe todo lo que encuentra a su paso. Roe también, y ahí les duele a muchos, los cimientos de la propia sociedad. "La rata crea inseguridad, molesta, tambalea las ideas heredadas".

Para comprenderla —quizá sea demasiado decir: amarla— hay que conocerla. Dansel nos ayuda, demostrando una admirable erudición: clases de ratas, nivel de inteligencia, actividad sexual, organización social, papel bienhechor en la investigación científica, origen etimológico, la rata en la civilización judeo-cristiana, en otras más tolerantes, en la iconografía, en la literatura, en la publicidad...

A Dansel poco se le escapa de este completo animal. Chovinista, como buen francés, limita en

muchos casos su erudición al área francófona o aledaños. Para ampliar el núcleo de convencidos, el traductor español Francisco Monge ha tenido que incluir un apéndice dando cuenta de las andanzas de la rata por nuestros confines castellano-hablantes.

Michel Dansel ha logrado su cometido. Nos ha hecho más accesible al que creíamos mortal enemigo del hombre —y quizá nuestro particular "camino de Damasco" haya sido el capítulo dedicado a lo sádico que es el hombre cazando ratas—. Quizá no todos sus lectores se van a dar de alta en la Academia Internacional de la Rata, para codearse con artistas, escritores y cineastas conocidos como Luis Buñuel. Pero sí todos, a buen seguro, meditarán sobre lo leído (muchas veces entre sonrisas: la rata, dice Dansel, puede ser benéfica al roer un libro sobre estructuralismo) y tal vez los más radicales exclamarán, como Michel Dansel: "¡Mientras haya ratas, habrá esperanza!". ■ JAVIER GOÑI.

Irán, año cero

CONTRIBUIRA a sacar mejor partido a la lectura del libro de Robert Graham "Iran, the illusion of power" (1) (absurdamente traducido en su versión castellana por "Irán, la ambición de poder"), tener en cuenta dos cosas: la primera, que en Irán está teniendo lugar una Revolución, que puede encajar o no con las ortodoxias eurocentristas sobre tal tema, pero que es una Revolución, por muy imprevistos que sean todavía sus resultados finales; la segunda, que esa Revolución no favorece, desde luego, a los ricos, y que los oprimidos están con ella. Confundir el proceso revolucionario iraní, de características netamente antiimperialistas, con la figura exclusiva de Jomeini, es una de las desfiguraciones históricas más superficiales que podrían hacerse ahora del Irán.

La explosión islámica de Irán es el fruto de una serie de aberraciones económicas, políticas y culturales de una de las dictaduras más feroces y necias de la Historia mundial contemporánea, que el pueblo iraní tuvo que

(1) Robert Graham: "Iran, la ambición de poder". Bruguera, Barcelona, 1979.

